

EL BARCO

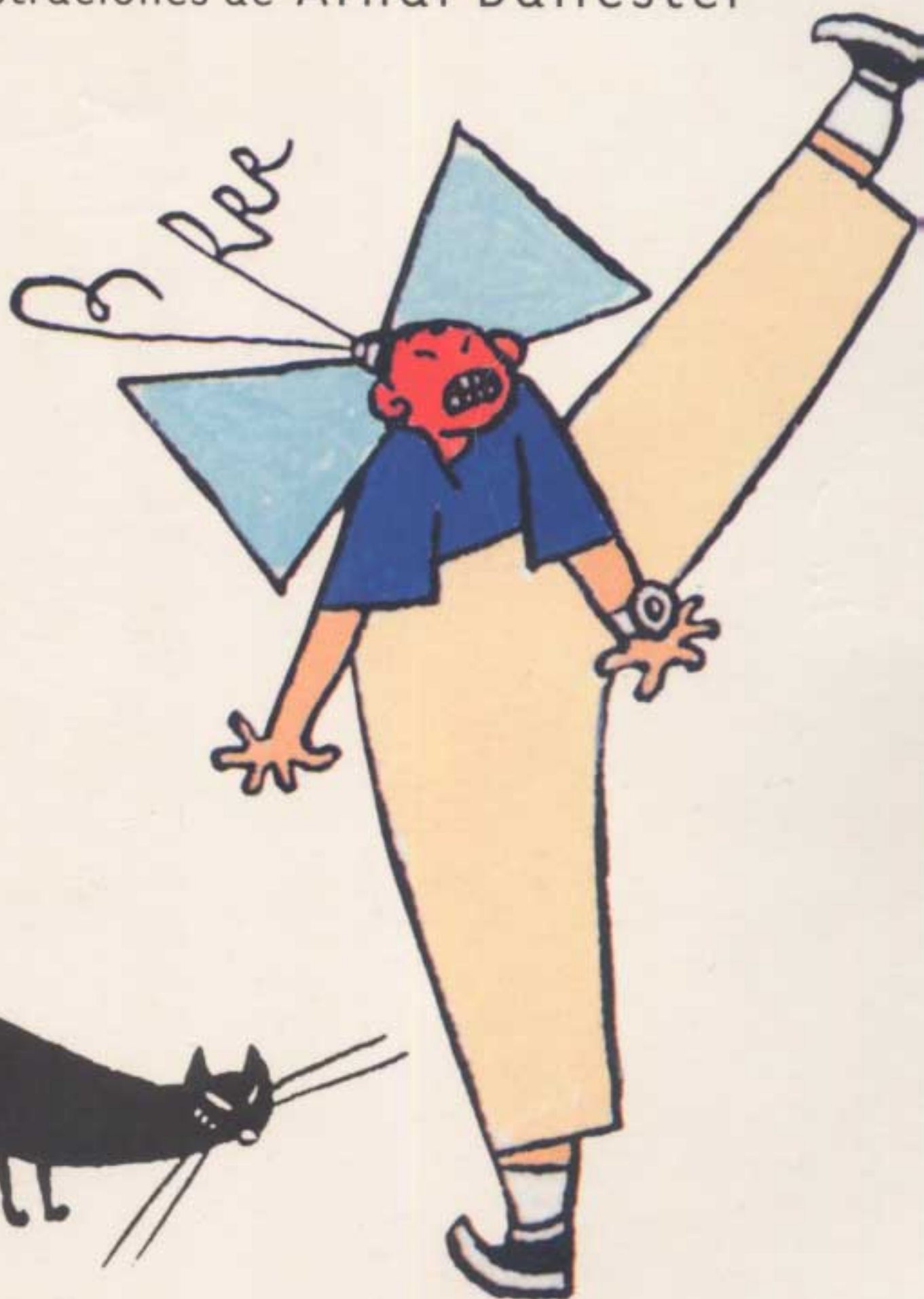


DE VAPOR

Christine Nöstlinger

# Ana está furiosa

Ilustraciones de Arnal Ballester



11ª EDICIÓN

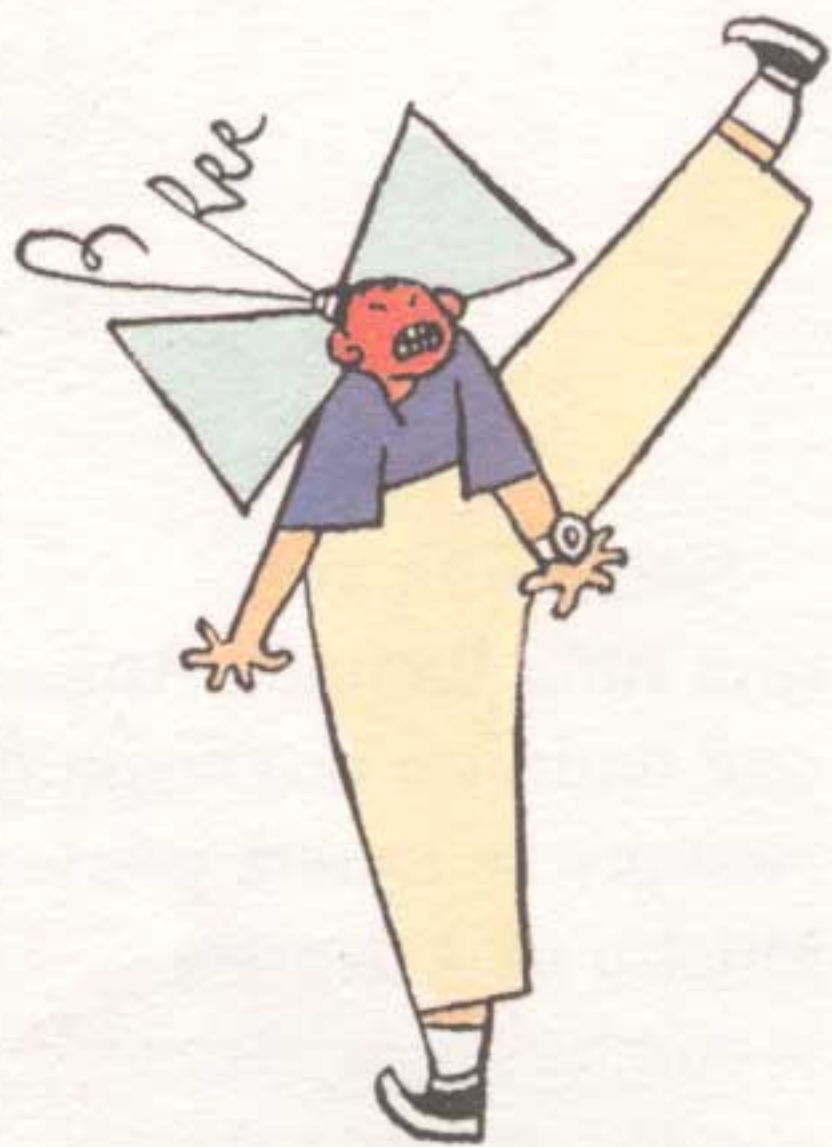
98

Sm

Había una vez  
una niña llamada Ana  
que tenía un problema muy grande.  
Siempre se estaba poniendo furiosa.  
Mucho más deprisa  
y muchas más veces  
que los demás niños.  
¡Terriblemente furiosa!



Cuando se enfadaba,  
las mejillas se le ponían  
rojas como tomates,  
los cabellos se le erizaban,  
crujían y lanzaban chispas,  
y sus ojos gris claro brillaban  
negros como cuervos.

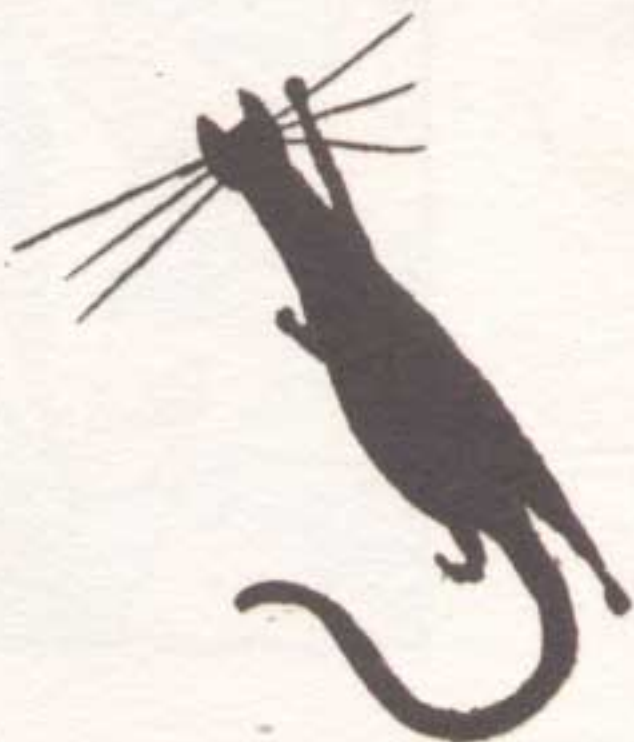


Cuando Ana estaba furiosa,  
tenía que gritar y berrear,  
tenía que patear con los pies  
y golpear con los puños.  
Tenía que morder, escupir  
y pisotear.





A veces, se tiraba al suelo  
y daba golpes a su alrededor.  
Ana no podía hacer nada  
para evitar aquellos enfados.

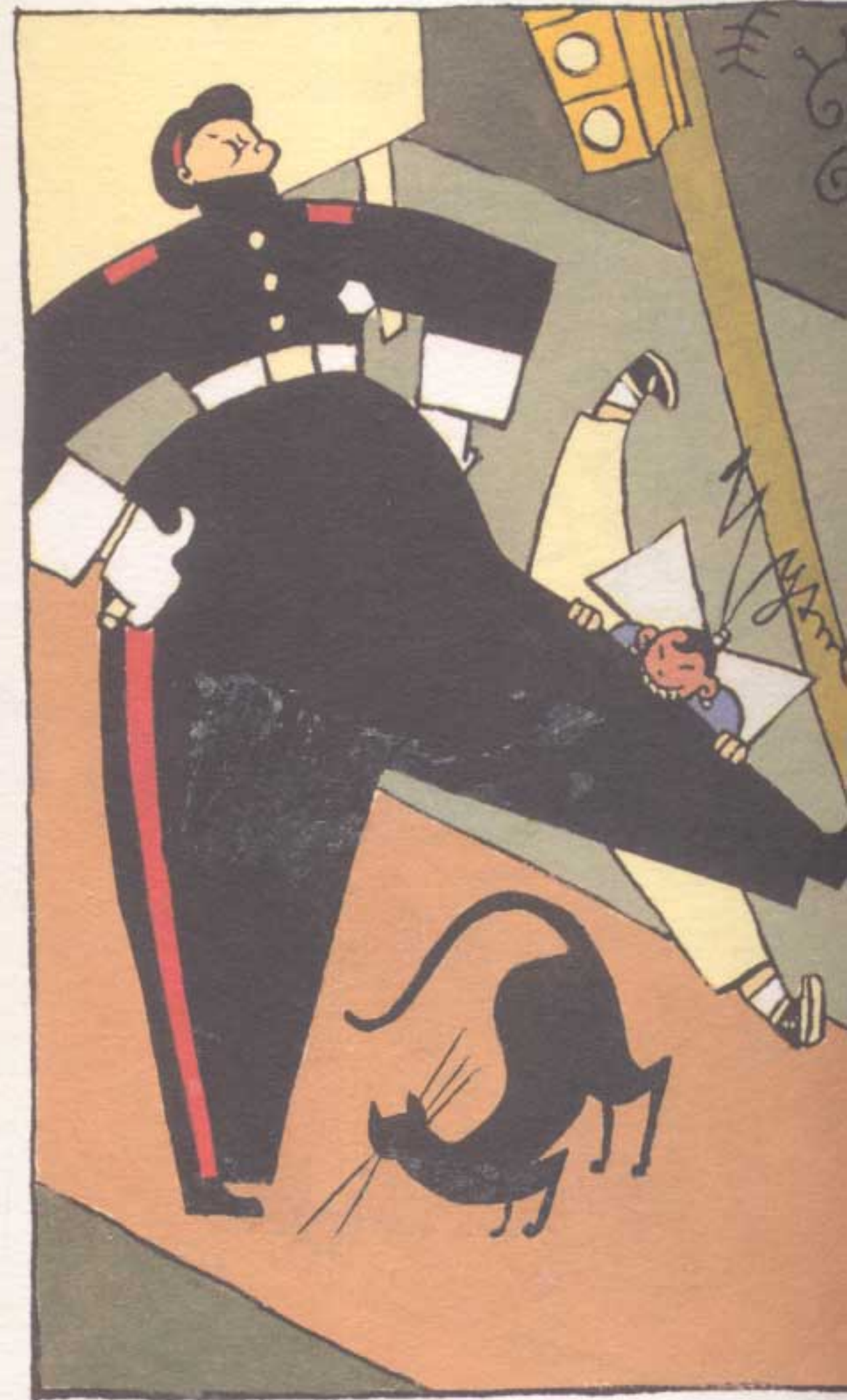


Pero nadie lo creía.  
Ni su madre,  
ni su padre,  
ni los otros niños.

Se reían de ella y decían:  
—¡Es imposible jugar con Ana!



Y lo peor era que,  
cuando Ana estaba furiosa,  
se metía con todos  
los que estaban cerca de ella.  
Incluso  
con los que no le habían hecho nada.



Cuando tropezaba y se caía  
mientras estaba patinando,  
se ponía furiosa.  
Y si se acercaba Berti  
para ayudarla a levantarse,  
Ana gritaba:



¡Déjame en paz, tonto!





Si quería peinar con trenzas  
a su muñeca Anita  
y no lo conseguía,  
porque el pelo de la muñeca  
era demasiado corto,



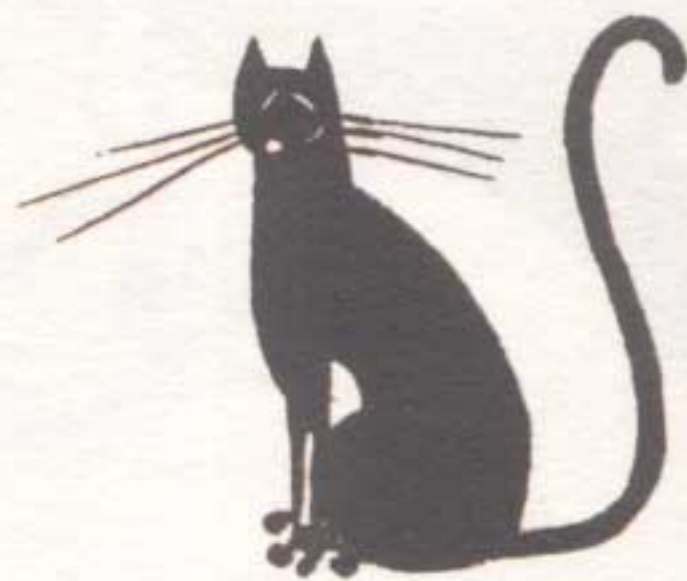
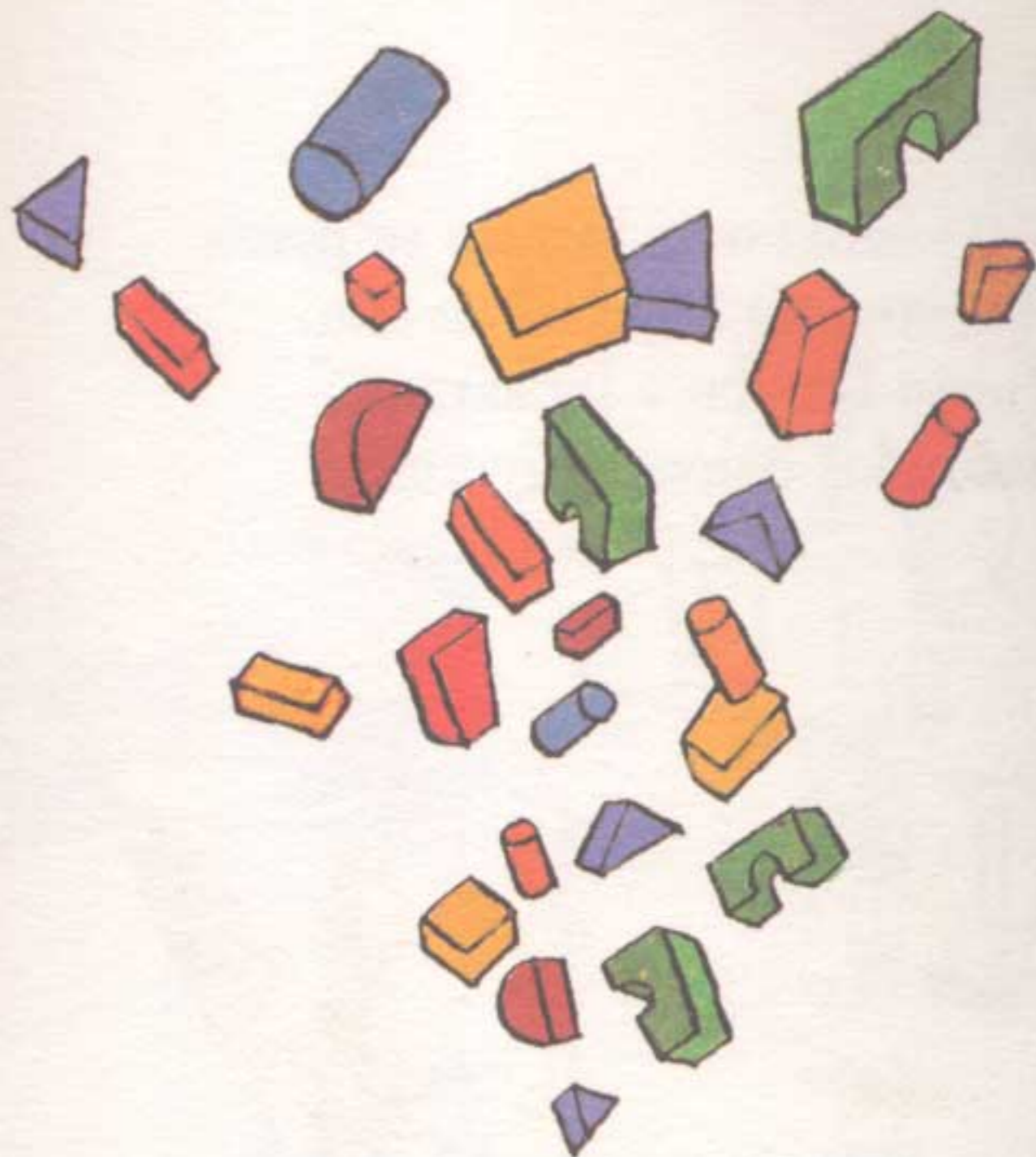
se ponía furiosa  
y lanzaba a Anita contra la pared.



Si le pedía un caramelo a su madre  
y ella no se lo daba,  
se ponía furiosa  
y pegaba un pisotón a su padre.  
Sólo porque los pies de él  
estaban en ese momento  
más cerca de Ana  
que los de su madre.



Si Ana construía una torre  
y ésta se caía  
antes de estar terminada,  
se ponía furiosa  
y lanzaba las piezas por la ventana.



No le importaba  
darle al gato en la cabeza.

Cuando más furiosa se ponía  
era cuando se reían de ella.  
Hasta llegaba a lanzarse  
sobre los chicos mayores.



¡Pero los mayores eran  
mucho más fuertes que ella!

Un día,  
dos la agarraron de los brazos  
y dos la agarraron de las piernas.  
Y corrieron por todo el parque  
mientras Ana chillaba y maldecía,  
y ellos gritaban:

—¡Cuidado, cuidado,  
que va a explotar de la furia!

Los demás niños  
no paraban de reír.



A veces, ella misma  
se hacía daño cuando  
se ponía furiosa.

Una vez, golpeó  
la pata de la  
**mesa**  
y se torció el tobillo.



Otra vez,  
se dio con la

**puerta**



y el codo se le puso morado.

En una ocasión,  
se mordió un dedo  
con tanta fuerza,  
que hasta le salió sangre.  
Tuvo que pasarse dos semanas  
con el dedo gordo vendado.

—¡Esto no puede continuar así!

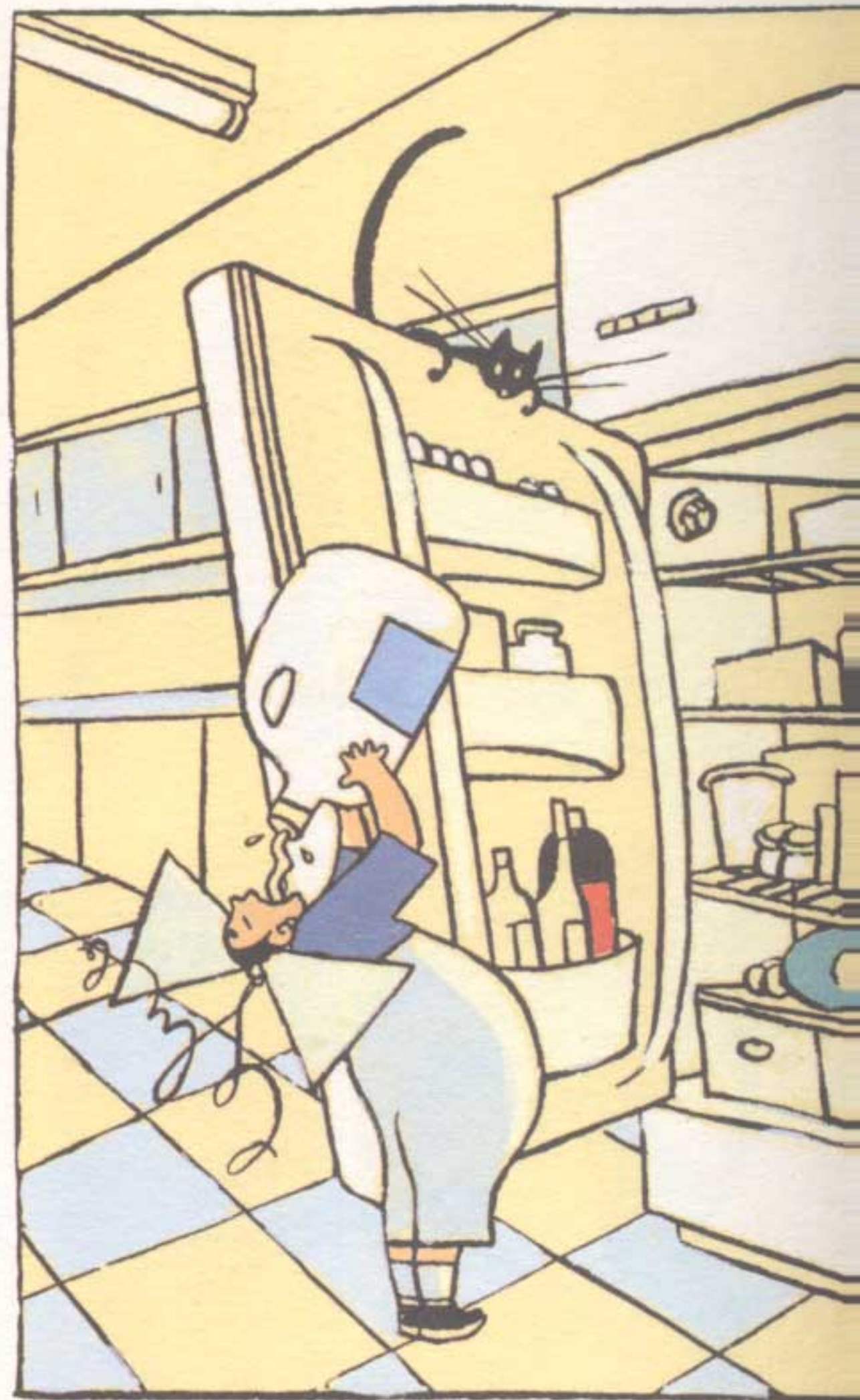
—dijo su madre—.

Ana, tienes que aprender  
a tragarte tus enfados.



Ana se esforzó por conseguirlo.  
Cada vez que sentía  
que la furia se apoderaba de ella,  
se la tragaba.

Para poder tragar mejor,  
se bebió litros y litros de agua.  
Pero sólo consiguió tener hipo  
y que le pesara la tripa.  
Y aún se enfureció más.





—¡Esto no puede continuar así!  
—dijo su padre—.  
Ana, si no te la puedes tragar,  
simplemente evita que aparezca.



Ana se esforzó mucho.  
Como no quería  
que apareciera la furia,  
huyó de los chicos mayores,  
y de los pequeños también.  
Así nadie se reiría de ella.

No  
fue  
más  
a  
patinar.



No volvió a jugar con Anita.  
No pidió caramelos a su madre.  
No construyó más torres.



Tampoco volvió al parque.  
Se quedó en casa,  
sentada en su habitación,  
en su sillón de mimbre,  
con los codos  
sobre las rodillas  
y mirando fijamente hacia delante.

—¡Esto no puede continuar así!  
—dijeron sus padres.

—¡Sí! —afirmó Ana—.  
Si me quedo aquí sentada,  
no habrá nada que me enfurezca.





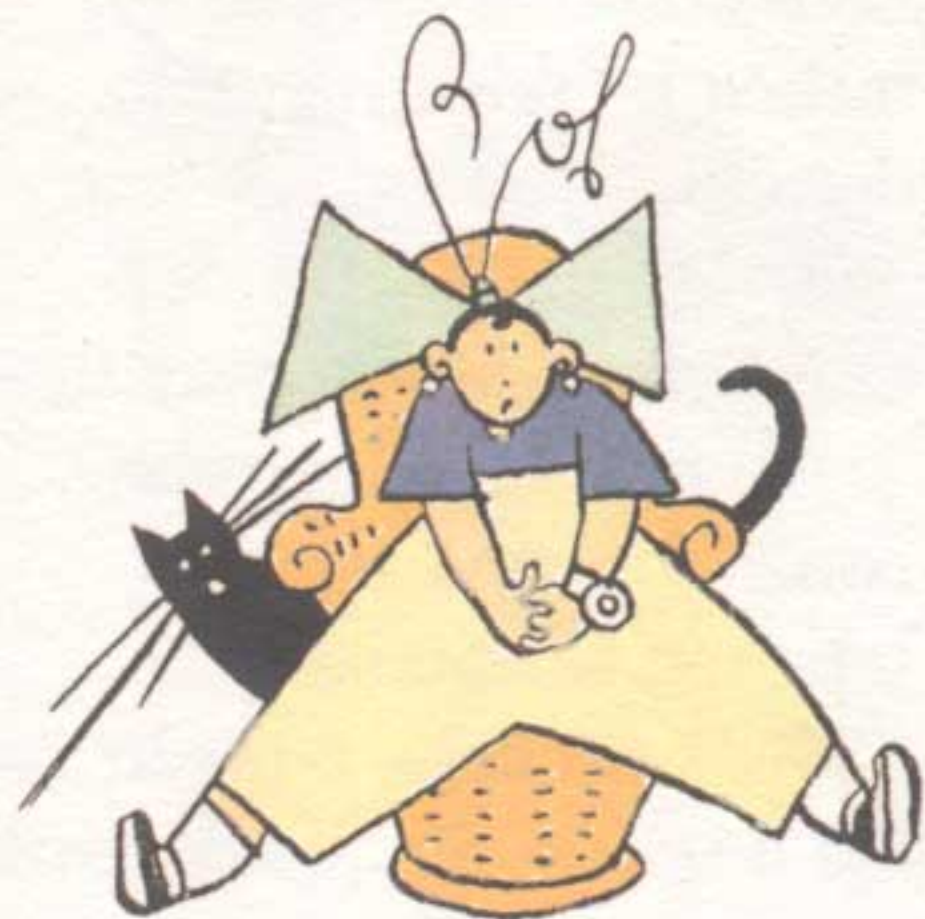
—¿No quieres hacer punto?  
—preguntó su madre.

—¡No! —respondió Ana—.  
Se me saldrá un punto  
y me pondré furiosa.

—¿No quieres mirar por la ventana?  
—preguntó su padre.

—¡No! —respondió Ana—.  
Puedo ver algo que me ponga furiosa.

Y se quedó sentada  
en su sillón de mimbre  
hasta que el domingo  
llegó el abuelo de visita.



Traía un tambor y dos palillos para su nieta.

Dijo:

—Ana, con el tambor asustarás a la furia.

Al principio, la niña no se lo creyó. Pero como el abuelo nunca le había mentado, decidió probar.

Primero, tenía que ponerse muy furiosa.

Así que sacó las piezas, construyó una torre y le dijo al abuelo:

—¡Si no llega a medir dos metros, me dará un ataque de furia!



No llegaba a un metro de altura,  
cuando se cayó.

—¡Qué porquería! —gruñó Ana.

El abuelo le puso los palillos  
entre las manos,  
le sujetó el tambor  
con un cinturón,

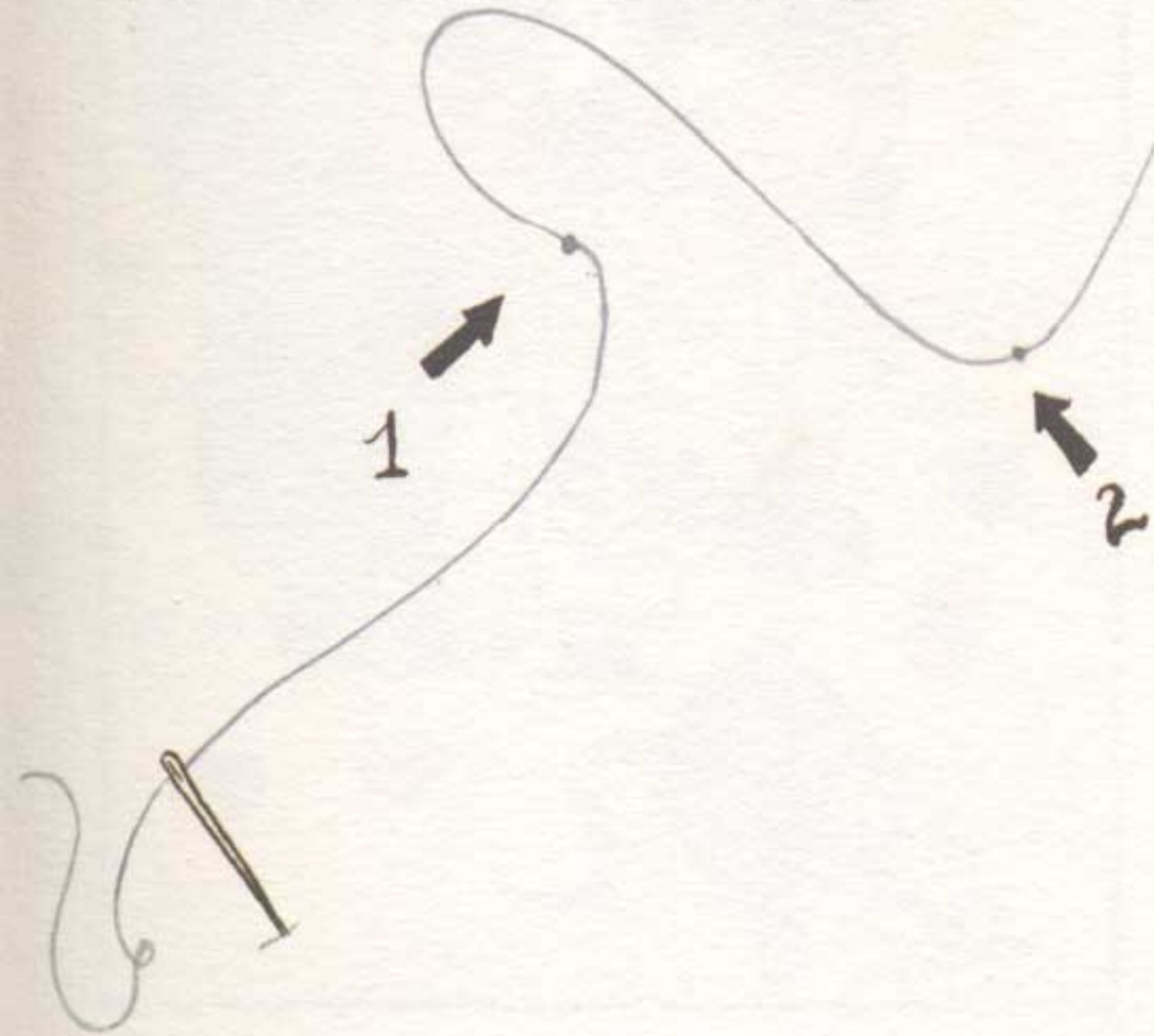
¡y Ana empezó a tocar!

El abuelo no la había engañado.  
¡El tambor asustaba a la furia!

A Ana hasta le daba risa  
ver la torre caída.



Durante todo el domingo,  
Ana hizo cosas  
que siempre la hacían enfadar.  
Quería ponerse furiosa enseguida.  
Así que empezó a coser un botón.  
Al momento,  
se le hicieron cuatro nudos  
en el hilo  
y sintió que se le erizaba el pelo.



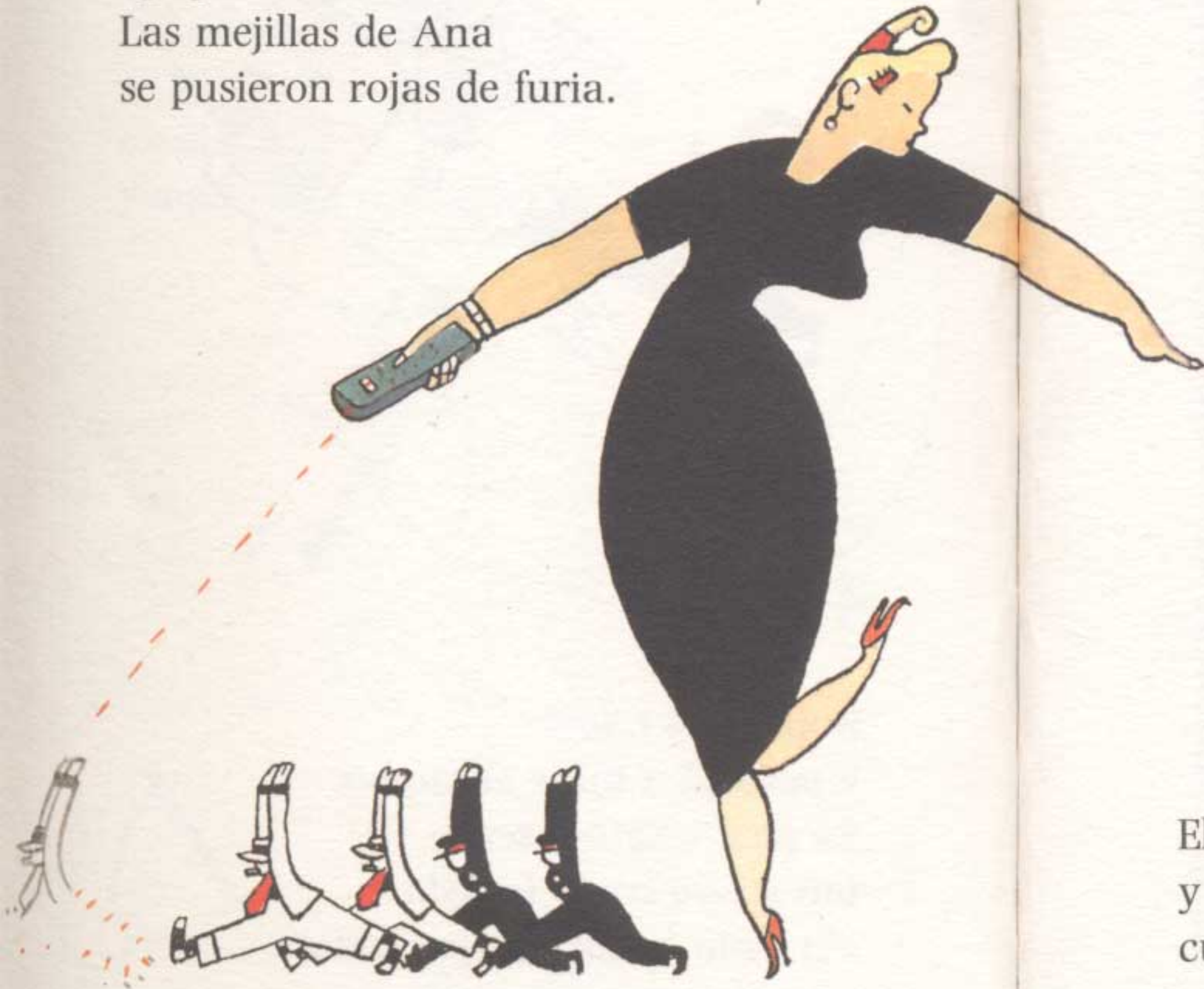
3



4

Rompió el hilo  
y empezó a tocar el tambor.  
Su pelo volvió a ser  
tan suave como la seda.  
¡Su furia había desaparecido!

Luego, corrió al cuarto de estar  
y encendió el televisor.  
Ponían una película policiaca.  
Su madre, que no se las dejaba ver,  
apagó el televisor.  
Las mejillas de Ana  
se pusieron rojas de furia.



Tuvo que tocar el tambor  
durante mucho tiempo,  
pero volvió a conseguirlo.



El color rojo desapareció,  
y estaba totalmente tranquila  
cuando, por fin, dejó el tambor.



El lunes,  
Ana fue al parque  
con el tambor.

—¡Aquí llega la niña furiosa!  
—gritó un chico,  
y los demás se rieron.

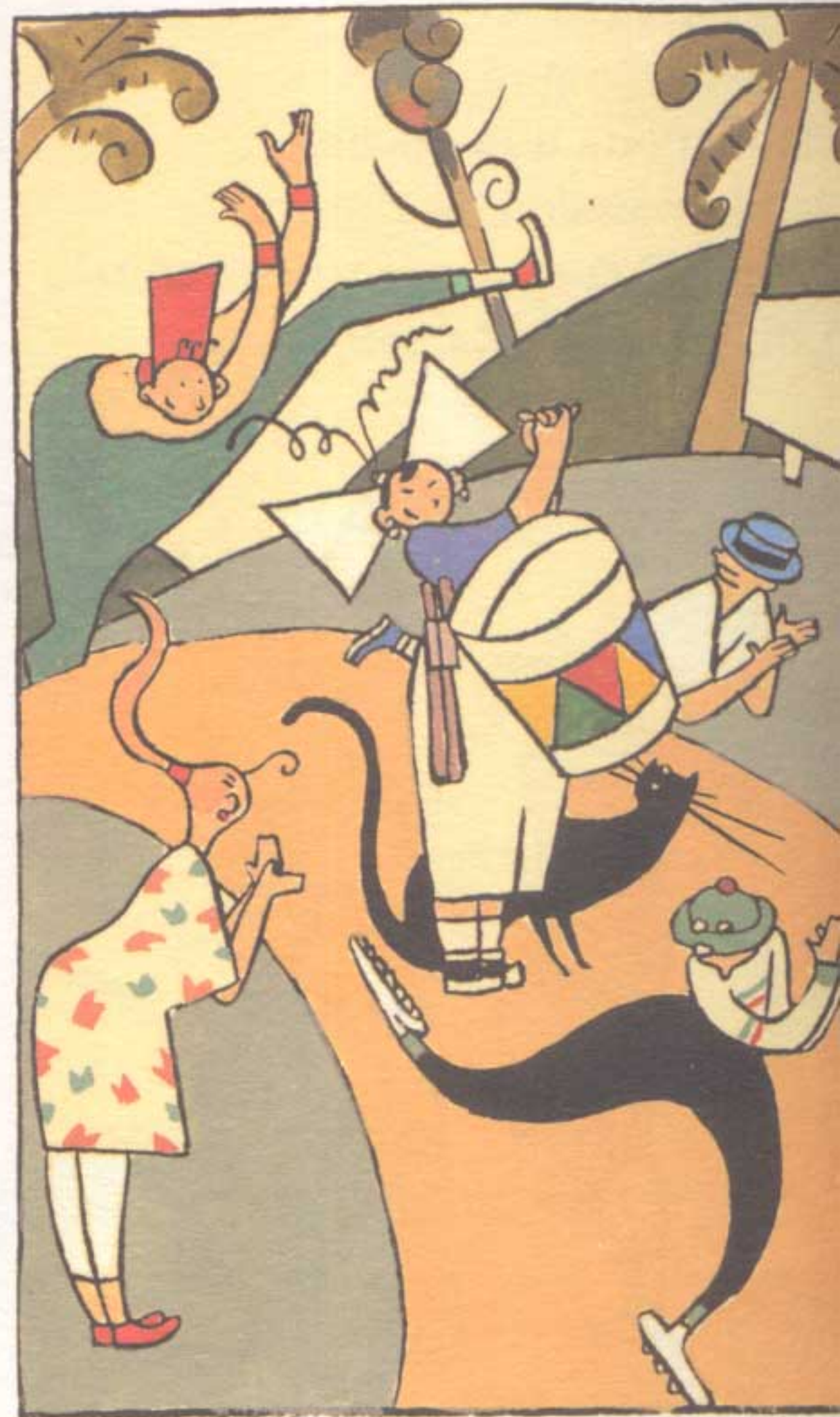


Los ojos de Ana brillaban,  
negros como cuervos,  
mientras golpeaba el tambor  
y desfilaba delante de los chicos.



Los niños abrieron asombrados  
los ojos y la boca,  
y empezaron a marchar detrás de Ana.

Ana dio tres veces  
la vuelta al parque.  
Luego,  
dejó caer los palillos del tambor.  
Los niños aplaudieron y gritaron:  
—¡Qué bien tocas el tambor!  
Y lo decían de verdad.



Desde entonces  
Ana lleva siempre,  
de la mañana a la noche,  
el tambor atado a la cintura.  
Los palillos cuelgan de su cinturón.  
Y ningún niño dice ya:

¡Ana está como una cabra



Todos quieren jugar con ella.  
Siempre le están diciendo:

—¡Anda, sé buena,  
toca un poquito el tambor!

A Ana le gusta portarse bien.  
Y, poco a poco,  
se le está olvidando  
la manera de ponerse furiosa.

